

Un viejo profeta judío habla abiertamente a las gentes europeas del siglo XXI.

Narración en clave bíblica para aprender a vivir

*CARMELO BUENO HERAS**

En numerosos momentos, muy al uso de los modernos correos electrónicos, tuve la tentación de titular estas páginas con la expresión *jovenesXXI@biblia.es*, pero en la hora final uno se decanta por los viejos patrones del discurso. Así, cabalgando siempre entre los viejos códigos del hablar y las modernas formas del saber hacer, crecieron las reflexiones que se archivan en estas páginas. Y antes de que te internes, curioso lector anónimo, en este inmaduro intento, quiero adelantar que te encontrarás dos asuntos bíblicos.

Alguien acaba de proponer la utópica oferta de la Biblia como libro del futuro para las gentes europeas del siglo XXI. El segundo asunto resulta también un tanto curioso. Otro alguien sorprendió a un viejo profeta de Israel navegando por las redes del tiempo y le pareció bien presentarlo como

*Profesor de Biblia en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

peculiar persona espiritual y modelo de referencia ético-religiosa para aquellos jóvenes ocupados en proyectar su vida o releer su propia experiencia existencial a la luz de quienes vivieron, como los árboles recios, enraizados en la tierra y con la mirada despierta fija en el horizonte.

Además, te lo advierto, se intentó contar estos asuntos de la Escritura por medio del cercano lenguaje narrativo. Por ello, importa más lo que se evoca, se sugiere o se insinúa que aquello que se afirma. En tus manos de sabio pastor bueno encomiendo estas educativas sugerencias de vida espiritual, porque sé que a tu lado crecerán firmes y llegarán a ser maduras realidades.

1. SOÑABA UN BUEN CARDENAL

Hace unos meses y en una gran asamblea, a cierta persona buena le tocó el turno y tomando la palabra dijo: «He tenido un sueño...» Creo que todos sabemos muy bien que atreverse a dibujar con palabras la verdad de un sueño es comenzar a hacerlo realidad. Es como anticipar lo que no se ve, es como acercar lo que está lejos, inventar lo que aún no existe, dar vida a algo o a alguien. Soñar así, no sólo es restaurar, ni devolver al pasado su original esplendor, sino más bien crear lo nuevo, apostar por la alternativa y sembrar con confianza en nuestro suelo la utopía.

Esta cierta persona buena era el cardenal Martini y la magna asamblea, el sínodo (o camino en común) de los obispos europeos reunidos para encontrar respuesta a la pregunta del millón: «¿Cómo Jesucristo vivo en su Iglesia es hoy fuente de esperanza para Europa?». Y ésta fue la respuesta concreta de Martini, ofrecida en primicia a los obispos europeos y propuesta a todos los creyentes:

«he tenido un sueño... el sueño de que, a través de una familiaridad cada vez más grande de los hombres y mujeres europeos con la Sagrada Escritura, leída

y rezada en la soledad, en los grupos y en las comunidades, se reavive aquella experiencia del fuego en el corazón que tuvieron los dos discípulos en el camino de Emaús... También por mi experiencia, la Biblia leída y rezada, en particular por los jóvenes, es el libro del futuro del continente europeo.» (Carlo Maria Martini, *Mis tres sueños*, Sal Terrae 1029 -12.1999-, 939).

Les puedo confesar que cuando leí el sueño de Martini me quedé sorprendido: *¿la Biblia es «el libro» del inmediato futuro siglo xxi?* Al instante, repasé la prensa de alcance nacional de los días de aquel sínodo y tan sólo pude encontrar noticias que indicaban que el cardenal Martini proponía la celebración de un nuevo concilio, sugería veladamente la renuncia de su santidad al papado o invitaba a que se repensara el papel de la mujer en la Iglesia... En ningún lugar de estos medios de comunicación, que leyeron las gentes de nuestra Iglesia de España, se hacía la menor mención a la Biblia. Probablemente tenía que ser así. ¿Acaso la Biblia ya no es noticia y no se guarda en ella ningún nuevo secreto que desvelar? Sin embargo, si estas mismas palabras hubieran sido pronunciadas hace un siglo, el soñador hubiera sido tachado como poco de «protestante» y, tal vez, de peligroso hereje revolucionario. El acceso a la Biblia debía ser sólo patrimonio y derecho de unos pocos escogidos.

En mis neuronas de creyente le he dado muchas vueltas al mensaje y sentido de las palabras que dibujan la verdad de este sueño cardenalicio. Es más, sigo confesando, me prometí presentar a cuantas personas me fuera posible el texto íntegro de este sueño. Por eso lo traigo aquí, al comienzo de estas reflexiones que *Sinite*, en la propuesta de educación moral del niño y del joven del siglo xxi, me pide: «figuras tipo de experiencia espiritual de la Sagrada Escritura y ejercicio de relectura en la propia vida de los jóvenes».

¡Curiosa coincidencia, perdonen! Ahora que tengo entre manos el asunto de este artículo nos llega la feliz y buena noticia de la concesión a Martini del premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. Un cardenal europeo, con setenta y tres años, y biblista sobradamente acreditado,

¿implicado en las «ciencias de la sociedad»? ¿no es otra sorpresa? Lógicamente, este reconocimiento nos alegra a todos y, de paso, eleva el grado de credibilidad de su sueño.

Ya que se me pide que cite figuras de experiencia espiritual de la Escritura, les recomiendo que se acerquen a este cardenal Martini y lean alguno de sus libros. Él, evidentemente, no es persona de la Escritura, pero tiene la rara habilidad de introducir a sus lectores dentro de la Biblia. Confiado, pues, en este eclesial soñador me siento más seguro y animado al señalar estas figuras bíblicas con el atrevimiento de devolverlas su mejor legado: su palabra, la de entonces y la de ahora.

2. EN ESTO, HABLÓ UN PROFETA

Ante los acontecimientos de la vida y de la historia, cada quien suele tener una palabra, una opinión, una interpretación... En medio de esta multitud de acontecimientos, personas e interpretaciones, aparece también cierto tipo de personas en quienes se intuye un «peculiar espíritu». Cuando entre nosotros las cosas suceden, ¿qué acostumbra a decir una persona espiritual? ¿dónde se sitúa? ¿qué piensa o siente? ¿qué hace? ¿qué le mueve? ¿a quién se dirige? De entre este puñado de personas a quienes decimos «espirituales» en nuestro lenguaje religioso, he elegido a los profetas y trataré de personalizarlos en uno de ellos: *Miqueas*. El itinerario que él comparte con nosotros (sus orígenes, sus tareas, sus experiencias, sus reflexiones, sus decisiones o sus denuncias...) podrá servirnos de luz en los proyectos de vida que, como educadores de la fe, nos traemos entre manos o nos atrevemos a ofrecer a nuestros jóvenes. Con esta sencilla pretensión nos ponemos a la escucha de un tipo significativo de «persona espiritual» que es el profeta.

Me llamo Miqueas y soy tan de pueblo como las amapolas. Lo digo siempre abiertamente, aunque este tipo de confidencias en mi currículum vitae

sé que puede acarrearle pasar largas temporadas en el paro. Si aún estuviera vivo y coleando podría decir que sobrepaso de largo los dos mil setecientos años. Dudo que un sueño de película pueda lograr reconstruir el espacio y tiempo de mi vida y con mi gente de Moreset Gat.

Sin embargo, las nuevas tecnologías de la comunicación me permiten viajar por la inmensa tela de araña y establecer innumerables contactos no sólo con los internautas de hoy, sino con toda la virtualidad de la historia. En este peregrinar por la red me estoy encontrando multitud de agradables sorpresas. Y llamo sorpresas a esas constantes coincidencias entre lo que a mí me ocurrió en la vida de entonces y lo que luego voy viendo que a otros les sucede en su existencia. Yo también tuve mis sueños y alguna que otra intuición que dejé escrita en los hechos y dichos del libro que lleva en la Biblia mi nombre. El correr de los tiempos en la historia me ha confirmado que alguna razón y verdad sí tuve en lo que abiertamente denuncié y anuncié. De esto os hablaré más adelante.

Dejadme que primero os cuente un gozoso secreto que llevo dentro. Os dije ya que soy de pueblo. En él aprendí lo mejor que sé. Él fue mi primer y mejor maestro. Mi tarea de agricultor y pastor *me enseñó, sobre todo, a mirar y escuchar, que es como tener delicada paciencia y sinceridad con la vida y con las cosas*. De estos asuntos podría con vosotros pegar la hebra hasta el amanecer. Pero alguien lo hizo ya de manera sublime. Cierta día cayó en mis manos el librito de las *Viejas historias de Castilla la Vieja* de Miguel Delibes. Yo, Miqueas de Moreset Gat, me vi tal cual reflejado en el Isi, como una nube en el espejo de agua del río. Os transcribo esta guinda de pastel que releí hasta casi aprendérmelo de memoria:

«... Y empecé a darme cuenta, entonces, de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero... las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y con los años no restaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro» (*Ídem*, Alianza Editorial, Madrid, 1981-9.^a, 14).

Muchas veces recorrí los treinta largos kilómetros de subida que hay desde mi pueblo de Moreset hasta Jerusalén, la capital del Reino de Judá. La primera vez que mis pies pisaron las calles de Jerusalén quedé deslumbrado. Jamás había contemplado cosa semejante. Mis mayores se quedaron cortos con lo que me habían contado de esta ciudad. Aquí, las gentes del campo tan sólo vemos, oímos y callamos mientras realizamos nuestras pequeñas tareas de compra-venta. Durante el camino de vuelta a casa y acompañado del sereno atardecer sobre el lejano mar Mediterráneo, uno revive las imágenes de la capital y vuelve a escuchar en sus oídos los himnos de la liturgia de los sacerdotes del templo:

«Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta.

Aquí suben las tribus del Señor, según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor.

Aquí están los tribunales de justicia en el palacio de David» (Salmo 122, 3-5).

Este subir a Jerusalén, estar en ella y bajar de nuevo al pueblo, lo he realizado durante años y me permitió aplicar mi corazón a las cosas y descubrir, en este ejercicio, dolorosos hechos y actitudes que no pude callarme y terminé por dejarlos escritos en la página que la historia me puso entre las manos. Esto es lo que algunos de vosotros denomináis: *análisis de la realidad*, lectura del texto de los acontecimientos, que son como los trajes de la sociedad. Os confieso que la gran capital de Jerusalén era, en mi tiempo, *la espectacular pasarela de los deslumbrantes diseños del dinero*. Mi sensibilidad de pastor y ganadero de aldea se sentía herida ante la evidente ostentación de egoísmos, lujos y codicias revestidos de ropajes, lenguajes y falsos gestos religiosos.

¿Cómo no denunciar semejantes actitudes? Iba y venía por las calles de la gran ciudad y no escuchaba otra cosa que el silencio cómplice de unos y de otros. El miedo les tenía amordazados. Por eso, una y otra vez, mi inquieto corazón me recordaba la experiencia del gran Isaías, quizá tan marginado como admirado:

«¡Ay de mí, estoy perdido!
Soy un hombre de labios impuros
y habito en medio de un pueblo de labios impuros» (Isaías 6, 5).

Decía esto Isaías mientras estaba en el templo de Jerusalén. Allí contemplaba él la presencia de Dios. Allí oían sus oídos las aclamaciones, himnos y plegarias dirigidas a voz en grito hacia su Dios. Allí veían sus ojos las ofrendas de los sacrificios. Allí olían sus narices los aromas de la carne quemada y de las esencias, resinas y perfumes de las constantes purificaciones. Allí se agitaba su corazón ante la falsedad de tantos ritos y palabras vacías. Allí, el ardiente Dios de la justicia y de la fidelidad con los pequeños, indefensos y excluidos, le quemó la boca con el tizón encendido de la buena noticia de la libertad y del amor. Ese mismo fuego de Dios, Pastor bueno de su pueblo, también me alcanzó a mí y rompió la mordaza de mis miedos y silencios:

«Así dice el Señor a los profetas que extravían a mi pueblo:
cuando tienen algo que morder, anuncian la paz,
y declaran la guerra santa a quienes no les llenan la boca.
Por eso,... se pondrá el sol para los profetas...
los videntes avergonzados se taparán la barba,
porque Dios no responde.
Yo, en cambio, estoy lleno de valor, de espíritu del Señor,
de justicia, de fortaleza,
para denunciar sus crímenes a Jacob, sus pecados a Israel» (Miqueas 3, 5-8).

Animado entonces por aquella justicia y fortaleza, que son la esencia y el espíritu de la presencia de Dios, comencé a descubrir la trama oculta de la injusta estructura política, social y religiosa. Y tengo visto que el dinero (ansia insaciable de atesorar) es el hilo que cose injusticia con mentira, corrupción con soborno, explotación con envidia... hasta confeccionar el suntuoso traje del bienestar de los pocos prepotentes:

«Escuchadme jefes de Jacob, príncipes de Israel:
Vosotros que detestáis la justicia y torcéis el derecho,

edificáis con sangre a Sión y a Jerusalén con crímenes.
Sus jefes juzgan por soborno,
sus sacerdotes predicán a sueldo,
sus profetas adivinan por dinero;
y encima se apoyan en el Señor diciendo:
¿No está el Señor en medio de nosotros?
No nos sucederá nada malo.
Por eso, por vuestra culpa Sión será un campo arado,
Jerusalén será una ruina,
y el monte del templo, un cerro de breñas» (Miqueas 3, 9-12).

Ahora, a vosotros, hombres y mujeres, jóvenes del llamado siglo XXI, os invito a detener vuestra mirada en otras nuevas páginas de la historia. *Mirad y leed en Jeremías 26*. Preguntad a este profeta por qué tuvo que plantarse ante la casa de Dios, que es el templo, y levantar allí su voz para hablar claro. ¿Qué dijo en aquella ocasión? ¿a quiénes y por qué? Después, callad unos momentos y escuchad lo que sentís por dentro cuando oís que el pueblo entero, con sus sacerdotes y profetas, grita: ¡vas a morir! ¡vas a morir!... Y, por fin, ¿dónde estaba el Dios del profeta?:

¿En los gritos del pueblo engañado? ¿En los sacerdotes o en sus enseñanzas?
¿En las palabras de aquellos profetas? O, tal vez, ¿en la memoria y en la amistad de aquellos que se jugaron la vida por la verdad, la justicia y la defensa de los indefensos...? Para unos, la casa de Dios es el templo. Para otros pocos, Dios habita en el corazón de los que trabajan por la verdad de la justicia y aman el bien de la libertad de sus semejantes.

Otra página más para vosotros, amantes del paseo por la historia. ¿Cómo no recordar el definitivo discernimiento de Jesús que decide subir, en un momento de su vida, a Jerusalén (Lucas 9, 51)? ¡También a Jerusalén y a su templo! Y así fue. Entró en la capital, por decisión propia, llevando consigo todos los signos del esperado Mesías de Dios (Zacarías 9, 9).

«Y al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba agitada:
– ¿Quién es éste?

Las multitudes contestaban:

– Éste es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea (Mateo 21, 10-11).

Sólo un subrayado antes de continuar. Observad que también Jesús procede de un pueblo del norte. Una insignificante aldea que pasa ignorada para todo el Antiguo Testamento. Tal vez, por aquellas tierras nazarenas nunca sucedió nada noticiable. Acaso, ¿aquello que no es conocido significa que no existe?

Esta histórica página de la entrada de Jesús en Jerusalén atrajo la atenta mirada de los cuatro evangelistas (Mateo 21; Marcos 11; Lucas 19, 29 y Juan 2, 14). En esta página se concentran todos los registros de la espiritualidad que animó a Jesús. Por ello, merece la pena preguntarse: ¿por qué Jesús subió a Jerusalén, entró en el templo e hizo y dijo en él aquellos gestos y palabras inolvidables? Quizá, muy probablemente, porque a Jesús le ardía en su corazón la Buena Noticia de su Dios que quiere siempre que todos los humanos seamos hermanos. Y, la llamada ciudad de la paz y corazón de todo el pueblo tenía que ser el signo vivo y visible de esta Buena Noticia de la fraternidad de Dios. Desde esta óptica de luz, yo, Miqueas de Moreset, que denuncié la ruina de la capital de mi nación, comprendo la experiencia de Jesús de Nazaret que con frecuencia releo en las narraciones evangélicas y de las que destaco estos dos momentos:

«Llegaron a Jerusalén, entró en el templo y empezó a echar a los que vendían y compraban allí; volcó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas; y no consentía que nadie transportase objetos atravesando por el templo.

Luego se puso a enseñar diciendo:

– ¿No está escrito: *Mi casa ha de llamarse casa de oración para todos los pueblos?* En cambio, vosotros la tenéis convertida en una cueva de bandidos.

Se enteraron los sumos sacerdotes y los letrados y buscaban una manera de acabar con él; de hecho, le tenían miedo, porque toda la multitud estaba impresionada de su enseñanza» (Marcos 11, 15-18).

«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, pero no habéis querido! Pues mirad, vuestra casa se os quedará desierta y os digo que no volveréis a verme hasta que exclaméis: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*» (Mateo 23, 37-38).

El desenlace de los acontecimientos es de sobra conocido por todos. También en este momento y ante la contemplación del hacer y decir de Jesús, amigos del siglo XXI, conviene volver a preguntarse: ¿dónde y cómo encontrar al Dios del profeta Jesús? ¿dónde y cómo encontrarse con Jesús, reconocerlo y proclamarlo como el esperado Mesías? Según el parecer de los evangelistas, a uno y a otro *jamás se les encontrará allí donde se comercia* (comprar, vender y cambiar cosas con fin lucrativo) *con las personas, animales, objetos, gestos, enseñanzas... en nombre de Dios*. La casa de estas divinas personas se levanta allí donde todos, sean quienes sean, se sienten y se sientan como personas. Ésta es la casa del Espíritu de Dios y en ella habitan los hombres y mujeres a quienes se les llama «espirituales».

La apariencia de una Jerusalén bien edificada, como así era en mi tiempo y en el de Jesús, esconde un perverso espíritu deshumanizador. Vive y crece esta ciudad a costa del esfuerzo y los sudores de una inmensa multitud de buenas gentes que, inconscientemente, son engañadas por la manipulación de los entendidos. ¡Cuidado con que nadie os engañe!

Quiero terminar ya. Dejarme que os refresque un par de viejas citas de dos pensadores romanos, que nadie se atrevió a borrar de los archivos del pasado. Enseguida comprenderéis que son de mi agrado, porque hablan de las actitudes que animan la vida de los humanos con el lenguaje de las imágenes en que yo intenté expresarme hasta aquí. Decía Suetonio que *«de buen pastor es esquilar y no descuartizar las ovejas»*. Y, Cicerón señalaba, para quienes hemos paseado por las redes del tiempo, que *«quien no conoce la historia –o no sabe lo sucedido antes de que él naciera– toda su vida será un niño»*.

3. INSPIRADOS EN SU ESTILO DE VIVIR

Miqueas de Moreset, en nombre de los profetas de la Biblia y de la historia, nos deja en la mesa de trabajo de nuestra vida un estilo de ser persona con espíritu. Por eso, ahora que él no está y parece que sólo nos acompaña la debilidad de su palabra profética, os diré, como secreto a voces, que disfrutaréis leyendo las páginas 193-197 de la *Introducción al Antiguo Testamento* que escribió José Luis Sicre en 1993 y publicó la editorial Verbo Divino de Estella (Navarra). Ahí aprenderá más de uno de vosotros a traducir en lenguaje de nuestros días los extraños mensajes de los viejos profetas. A modo de ejemplo escribe José Luis en la página 195:

«Así dice el Señor a la casa de Israel: buscadme y viviréis; no busquéis a Betel, no vayáis a Gilgal, no os dirijáis a Berseba; que Gilgal irá cautiva y Betel se volverá Betavén. Buscad al Señor y viviréis» (Amós 5, 4-5).

El esfuerzo del profeta resulta inútil para un lector moderno que no sepa hebreo. Intentemos revivirlo:

«Así dice el Señor a los católicos: Interesaos por mí y viviréis: pero no os intereséis por el Pilar, no vayáis a Santiago, no acudáis al Rocío. Que el Pilar caerá por tierra, y el Rocío se volverá tormenta. Interesaos por el Señor y viviréis».

Sé que no a todos atrae y cautiva la sublime y arriesgada figura del profeta, el espíritu que lo anima y la misión que desarrolla. Afortunadamente no toda la Biblia es narración de historias de profetas. Ahí, por indicar algunos, están también para aprender a vivir:

* **Los proyectos de vida de los sabios.** El sabio José de Génesis 37 y siguientes podrá inspirar el estilo existencial de aquellos que se adentran en los estudios de política agraria o les preocupa, con insistencia, el problema de la abundancia en el bienestar frente a la miseria de los empobrecidos no sólo por el clima y la geografía.

- * **Los proyectos de vida de los llamados apocalípticos.** Estos tipos aprendieron a dar respuestas de fidelidad en medio de las persecuciones que amenazaban seriamente sus vidas o su futuro. Se podrá preguntar a Daniel cómo mantener despierta la esperanza de la fe cuando se vive en el país extranjero de los conquistadores de tu propia tierra y, por eso, rodeado de una cultura y religiosidad abiertamente hostiles.
- * **Los proyectos de vida de personas concretas.** Personas, históricas o simbólicas, pero siempre de nuestra misma carne y hueso: viudas e indefensas como Rut y Noemí, automarginados temporales del sistema como Moisés o Jonás, peregrinos incansables por encontrar la verdad como Pablo, endurecidos en sus convicciones como Pedro y su misma suegra, infatigables conciliadores y dialogantes como Bernabé...

El intento, evocador y sugerente, de ponernos a la escucha de algunas figuras-tipo de la espiritualidad bíblica, creo que ya está hecho. Por ahora, lo dejaré aquí para que tú, animador de otros jóvenes proyectos, continúes la narración de otras experiencias de espiritualidad en la «biblia abierta» de tu tarea educadora de la fe.